

Planteamientos psicoanalíticos sobre el niño, el adolescente y la familia.

Autor: Manuel Sides Galán

Psicólogo Clínico, Psicoanalista.

RESUMEN: La familia actual se encuentra inmersa en una crisis transformadora, de manera que han surgido diversas configuraciones o formas familiares y cuestiones fundamentales: qué es madre, qué es un padre, que es un hijo, en esta metamorfosis sociocultural de las familias. Desde el psicoanálisis partimos de la invención freudiana de las relaciones inconscientes padres-hijos y de una estructura familiar que incide particularmente en la subjetividad y el deseo, siempre conflictivo. Alguna década más tarde, siguiendo esta línea, otros psicoanalistas pusieron el centro teórico-clínico en puntos distintos y no siempre complementarios.

Así, A. Freud se orientó a la maduración, adaptación de las funciones yoicas, M. Klein, prestando atención a las experiencias tempranas del infans con la madre, elaboró conceptos novedosos para psicoanalizar a niños de corta edad. D. Winnicott, en los años 50-70, focalizó la relación madre-niño, aportando innovaciones sobre el juego y la imbricación del ambiente y la cultura en el desarrollo emocional del niño y el adolescente. Finalmente, J. Lacan, resimbolizó una línea freudiana, a través de conceptos como la función paterna, la Metáfora paterna y el Nombre del Padre. ¿Qué respuestas puede ofrecer en nuestra cultura el psicoanálisis, cuando modos de goce inéditos agitan una lógica de las excepciones?

PALABRAS CLAVE: familia, adolescente, Edipo, castración, fantasía inconsciente, espacio y objeto transicional, metáfora paterna.

(Una historia inconsciente del encuentro entre el cuerpo, el lenguaje y la estructura de Edipo y castración)

Las familias actuales: ¿crisis, muerte, reestructuración o reinención?

Actualmente, desde varios discursos se considera que los problemas que plantea el adolescente (delincuencia, adicciones, suicidio, anorexia, etc.) ponen cada vez más en tela de juicio el lazo social, en cuanto riesgos que remiten a la vez a un malestar individual, pero también sociocultural y familiar.

La familia, en la actualidad, aún sigue teniendo varios roles fundamentales como "institución social": por una lado, conserva un papel en la economía como unidad de consumo y de capital y en los sistemas políticos como objeto de políticas fiscales y unidades electorales; por otro, al desempeñar funciones de apoyo, cuidado y estabilidad emocional y de formación de la identidad cultural, determina en gran medida la integración social de sus miembros, el éxito profesional, los lazos conyugales y la maduración de la personalidad. Así, la familia ejerce sobre sus miembros un efecto socializador tan poderoso que puede contribuir a modificar

en uno u otro sentido los efectos socializantes de otras instituciones, por ejemplo potenciando o rechazando la influencia de la escuela. Ahora bien, teniendo en cuenta que, la evolución de la familia en la historia, podemos decir que ni antes ni ahora ha existido “la familia”, sino “las familias” y que la realidad familiar siempre ha sido, en estos momentos mucho más, compleja y plural. Por otra parte, la familia no es un calco de la sociedad pero tampoco es un sistema independiente de ésta: la familia tiene su propio ritmo pero está constantemente recibiendo efectos de las transformaciones sociales.

Actualmente se están produciendo transformaciones sociales, económicas y culturales, que influyen en los modelos de organización del psiquismo, en la familia y la identidad sexual, y dichos elementos deben ser tenidos en cuenta a la hora de considerar los procesos de la adolescencia. Hasta tal punto afectan estos cambios que, en relación a la familia, encontramos hoy interrogantes polémicos y discursos controvertidos, bajo la clave de “la familia en desorden”. ¿Está la familia amenazada de disolución si el padre sólo desempeña una función simbólica, si las madres controlan la procreación y los homosexuales se hacen un lugar en los procesos de filiación? Esa complejidad de la familia vigente ha terminado adquiriendo cierta estructura inquietante en los medios de comunicación y en las instituciones: se trata una familia deconstruida, horizontalizada y en redes, medicalizada, fragmentada, peritada, librada al poder materno y a la evasión de la antigua autoridad patriarcal, como subraya E. Roudinesco. ¿Estamos ante una crisis que cambiará la familia, ante su decadencia y muerte o ante una reestructuración dada

su extraordinaria capacidad de adaptación y variedad según el momento sociocultural?

Una de las huellas de las modificaciones históricas de la familia desde principios del S. XIX nos remite a las representaciones de la feminidad. A medida que el feminismo impulsaba la igualdad de derechos para ambos sexos y movimientos de emancipación de la mujer, también surgió con toda su fuerza la sexualidad de la mujer, un deseo femenino fundado a la vez en el cuerpo y en el género. A finales del S.XIX, desde las ciencias sociales sociología y la historia se ha elaborado la noción de familia conyugal o moderna (Durkeihn) o familia normal (Parsons), como resultado de la contracción de la antigua familia tradicional, que aseguraba la transmisión del patrimonio y se asentaba en una autoridad patriarcal. Aunque se observaban las connotaciones del orden familiar burgués (la autoridad del marido, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los niños), la llamada familia moderna, desde el S. XVIII hasta mediados del XIX, se fundaba en el amor romántico y la reciprocidad sentimental y sexual, presidida por el matrimonio y los lazos de consanguineidad y con la autoridad dividiéndose constantemente entre progenitores y Estado, entre padre y madre. Otra huella importante sobre la evolución de la familia fue la intervención de los Estados surgidos de la segunda guerra mundial: las instituciones educativas, sociales, médicas y culturales hicieron de la familia el foco normativo de una individualidad ciudadana y tomaron el relevo de la autoridad claudicante de los padres y madres.

Unos años más tarde, la antropología, la sociología y la historia de los años 50 del S. XX elaboraron definiciones precisas sobre la

familia. Tal como determina la antropología estructural de C. Lévi-Strauss, la familia humana es una institución con una estructura cultural y social. La familia, comprendida en el orden de la realidad y constituida por las relaciones sociales y la cultura, está fundada sobre la unión más o menos durable de un hombre, de una mujer y de sus hijos, un fenómeno universal presente en todos los tipos de sociedad. Esta universalidad de la familia, que asocia un hecho sociocultural y una reproducción biológica, supone por un lado una alianza (el matrimonio) y por otro una filiación (hijos). De la conjunción de la alianza y la filiación se derivan otras dos características de la familia: la práctica del intercambio, de los lazos matrimoniales, y la necesidad de prohibición del incesto, la prohibición de aliarse consigo misma.

Varias décadas después, entre los años 60-90, surgieron hechos que preconizaban nuevos modos de parentalidad y de conceptualización de la familia: ya no se la puede considerar como una estructura de parentesco que prolonga la autoridad disuelta del padre o que sintetiza el paso de la naturaleza a la cultura a través de prohibiciones y funciones simbólicas. En primer lugar, se desarrolló en Europa y Norteamérica una gran hostilidad a los restos autoritarios y familiaristas de la familia burguesa patriarcal. En segundo lugar, las experiencias y movimientos de homoparentalidad, con sus aspiraciones a al matrimonio y a tener hijos, cuestionaron radicalmente la procreación natural y el matrimonio, donde el acto sexual presidía la procreación y la paternidad social era inseparable de la paternidad biológica. Paralelamente, a lo largo de estos años, las técnicas médicas de regulación de los nacimientos (planificación familiar, técnicas contraceptivas para impedir la

fecundación), permiten a las mujeres, a costa de luchas, derechos sobre su cuerpo, conquistar un placer distinto a la maternidad y detener o regular la procreación. Así, el orden procreativo se convirtió, poco a poco en potestad de las madres, poseedoras hoy del poder de designar al padre o excluirlo. Hoy la ciencia médica es capaz de dirigir escenarios paradójicos, como el de asociar a tres madres en un solo acto procreador o reunir a una madre y sus dos hijos, uno hombre y otra mujer, en el alumbramiento de un nuevo ser.

Delimitaremos aún varios signos en esta metamorfosis actual de la familia del S. XXI, ya que tendrán incidencia en los procesos subjetivos con sus hijos adolescentes. En primer lugar, desde un nivel demográfico, se constata una involución demográfica en Europa y en el mundo desarrollado. A partir de los años 60 del S. XX aparece una quiebra de la fecundidad (la tasa de natalidad se reduce a un hijo y se retrasa la maternidad a los 30-32 años) y un envejecimiento progresivo (una tasa de mortalidad baja y prolongación de la esperanza media de vida). En segundo lugar, se ha producido una pluralización de formas y relaciones familiares y de vida en pareja, de manera que no hay una "unidad de modelo familiar en Europa Occidental", ocupando el divorcio y la reducción del número de matrimonios una función de vector en este abanico de formas familiares. Teniendo en cuenta investigaciones de la sociología familiar, se han denominado aquellos agrupamientos o formas familiares más frecuentes en la sociedad occidental como familias nucleares, subfamilias, familias reconstituidas, familias de hecho y familias sociales o de diseño. (Roussel 1.992). Como tercer signo sociocultural, asistimos a una

desinstitucionalización de la familia, al mismo que se la satisfacción afectiva y sexual ha pasado a un ámbito privado y de libertad de conformación. La razón de la familia contemporánea no es ya la seguridad, la supervivencia y la necesidad, la mera protección de sus miembros, sino la revalorización de lo íntimo y privado, la búsqueda de felicidad individual. El amor en la relación de pareja, concentrado en el otro con o sin matrimonio, se convierte en el vínculo más importante para la seguridad y la identidad del individuo. Al mismo tiempo, estas relaciones afectivas y sexuales se independizan del matrimonio y la reproducción, pues con la contracepción el tener hijos es fruto de una decisión voluntaria. Los hijos ya no son consecuencia de la sexualidad matrimonial, sino que pasan a convertirse en objeto de deseo, manifestación del amor en una pareja, incrementan la felicidad familiar o son el lugar de proyección de ideales parentales. Sólo el amor justifica entrar en el matrimonio y ponerle fin, convirtiéndose en algo muy deseado y valorado pero, a la vez, al depositar en él más expectativas de satisfacción personal, muy frágil e inestable. De esta manera, la pareja, no el matrimonio, se ha convertido en el paradigma de la búsqueda de felicidad, la vía de realización personal (Alberdi, 1.999). Esta fetichización del amor se convierte en una paradoja, cuando la acercamos a un fenómeno actual llamado violencia de género, una violencia intrafamiliar que irrumpe ciegamente en el seno de las parejas y familias, impregnando las relaciones familiares de odio y agresividad. Violaciones, parricidios e infanticidios, como si las tragedias de los mitos griegos resurgieran en nuestra realidad social, de la mano de Medea asesinando a sus hijos, llevada por el dolor del abandono y las

promesas incumplidas o Cronos devorando a sus hijos. Por consiguiente, la fuente principal de funciones benéficas para el grupo familiar, de satisfacción y felicidad individual puede convertirse en frustración, sufrimiento e infelicidad, como si en lo más escondido de la familia albergara un lado inquietante y destructivo.

Todo ello da lugar a que la vida familiar no esté tan regulada por la institución sino por la "historia individual": el matrimonio es sólo una formalidad útil o festiva, la legitimidad es la negociación, el pacto conyugal y el consentimiento recíproco, y la fecundidad se justifica en el "deseo de un hijo". ¿Qué características, qué dinámicas genera, que funciones poseerá la familia en la sociedad? ¿La idealización de la sociedad del conocimiento y de innovación tecnológica está en la base de la dejación de la autoridad de las familias en el colegio, haciendo que falten límites conductuales y los adolescentes sean tiranos y egoístas? ¿La proliferación de formas familiares actuales puede incidir en aumentar la inestabilidad y confusión, hacerse excesivas para los propios problemas que tienen que resolver los jóvenes? ¿Más que un rechazo de la familia y la vida en pareja, o una muerte de sus funciones, no significa todo esto una reestructuración evolutiva que nos lleva a reinventiones futuras de la familia?

Normalmente se acepta que la familia, con diálogo, apoyo, afecto y comprensión hacia los problemas de los hijos es algo común, y que cumple una serie de funciones hacia ellos: vincularlos, criarlos, socializarlos, proponerles modelos de identificación sexual y afectiva y poseer una capacidad económica. Recordemos también que, tanto para un pasaje normal como conflictivo y patológico por la adolescencia,

el centro de gravedad lo ocupa un crecimiento emocional que liga el cuerpo, su psiquismo, las relaciones con sus padres y el entorno sociocultural, una reestructuración que los padres aun deberán impulsar sin obstaculizar, hasta hacerse verdadera y realmente prescindibles. Pero también, frecuentemente los padres pasan su crisis hacia los 40/50 y, aunque no es la misma, sí pueden interrelacionarse. Se ha comprobado que la pubertad y la adolescencia despiertan en los padres crisis antiguas, de su propia historia, es decir que en los padres hay también como una crisis de crecimiento: a esa edad ya han perdido ciertas ilusiones, están absorbidos por sus trabajos y menos presentes, es decir, flaquean en plena crisis de su hijo adolescente. Efectivamente, alrededor del hijo se renuevan o cristalizan antiguos reproches a la pareja o pueden producirse identificaciones con los hijos, poniendo al hijo como objeto que debe realizar deseos del padre. Sintetizando, podemos plantear que ante la crisis transformadora del hijo adolescente, en los padres hay un abanico de reacciones: desde la alegría y el orgullo hasta decepciones e inquietudes. Si hay crisis, explosión pulsional en el adolescente, podemos decir que también hay una crisis correlativa en los padres, así como una revivificación de ciertas fuerzas pulsionales reprimidas y un trabajo importante de duelo (Manonni). Si la propia familia es fuente de tensiones y conflictos es porque ésta tiene un lugar en el proceso de maduración del adolescente. Efectivamente, a pesar de las rebeliones y ataques en las fantasías, los padres como modelos de identificación son necesarios para realizar el pasaje de la adolescencia.

Freud: las relaciones inconscientes padres-hijos.

¿Cómo capta el niño lo que él es para la madre? ¿Qué es un padre, cuál es su función en la generación del cuerpo erógeno, en la estructuración del deseo, pues sin padre no hay C. de Edipo ni castración sostuvo Freud a lo largo de toda su obra? ¿Cómo afectan las complejas y diversas configuraciones familiares en la conformación de los ideales o en el manejo de la realidad de los adolescentes? ¿Cómo saldrán de las circunstancias ligadas a su nacimiento (adopción, reproducción asistida, etc.), teniendo en cuenta que los hijos heredan la historia deseante de sus padres en el inconsciente, pues todo hijo siempre es para sus padres una prolongación de sí mismos y de su narcisismo, planteaba Freud?

Como clínico y con actitud analítica, Freud estaba ante todo a la escucha de lo que habla en el síntoma. En su obra *El niño, su enfermedad y los otros* (1976), M. Manonni cita un fragmento de una obra de Freud, *La interpretación de los sueños* (1901), donde denunciaba el peligro de un "falsa ciencia" (hoy podríamos añadir prejuicios) contraria a toda genuina investigación. Freud citaba un ejemplo de un diagnóstico elaborado por un médico, Debacker, en 1881, quien presentó sus conclusiones dejando de lado todos los datos clínicos registrados durante la observación, planteando teorías como una perturbación cerebral o el diagnóstico de anemia cerebral como causa de las alucinaciones demoníacas del niño. Aunque estaban presentes en su informe, Debacker no tomó en cuenta las palabras del sujeto para elaborar el diagnóstico de un muchacho de 13 años:

Desde la edad de 11 años tiene noches agitadas, terrores nocturnos y alucinaciones. En sueños se le aparece el diablo, solo o acompañado y le grita: "Te tenemos, te tenemos". En ese momento, el niño siente un olor a alquitrán y a azufre, el fuego quema su cuerpo desnudo. Empieza a gritar: "No, no soy yo, no soy yo, yo no hice nada"; o también: "Déjenme, déjenme, no lo haré más." Se niega a desvestirse por miedo a que el fuego lo devore. Los adultos envían al niño al campo por un año y medio, vuelve de allí tranquilizado, pero conserva el recuerdo de los terrores pasados. Al llegar a la pubertad, explica su enfermedad de la siguiente manera: "No me atrevía a confesarlo, pero sentía continuamente una picazón y una sobreexcitación en las partes genitales; al final eso me enervaba tanto que muchas veces pensé en arrojarme por la ventana del dormitorio".

¿Tiene este diagnóstico relación con la historia clínica del púber que comenzaba su adolescencia: estado fóbico y terrores nocturnos? Para Freud, el púber se encontraba preso de una intensa angustia persecutoria, vínculo entre los diferentes síntomas y el deseo reprimido y culpabilizante de masturbarse. El día que este niño pudo verbalizar el sentido de su enfermedad se curó, al designar con palabras aquello que el síntoma tenía la misión de encubrir. Estas palabras alucinadas o acusadoras del delirio, generalmente olvidadas, son las que dejan su huella en el nivel del síntoma, por el rodeo de las acusaciones alucinatorias pudo el niño hacer emerger la "palabra primera": la confesión, cargada de culpabilidad, de las actividades masturbatorias.

La invención freudiana sobre la familia se inicia a partir de Edipo, una tragedia del

poeta griego Sófocles, donde el héroe destruye el orden familiar, trasgrede la ley de diferencia entre generaciones en cuanto estructura fundamental del orden simbólico: Edipo comete un doble crimen, asesina a su padre, se casa con su madre y tiene con ella cuatro hijos. Hacia 1900, en Los sueños, cuando Freud ha abandonado la teoría de la seducción (la neurosis se debía a un trauma sexual en la infancia), menciona por primera vez el nombre de Edipo y comienza a crear una teoría del psiquismo inconsciente. En los textos de Freud Edipo se convierte en un sujeto culpable de desear a la madre y asesinar al padre, lo hace responsable de sus deseos y fantasmas inconscientes. Unos años más tarde, convierte el mito de Sófocles en una tragedia inconsciente, inventando así un modelo de familia donde instaura la ley de la diferencia (entre generaciones, entre padres e hijos, etc.), en un momento social, histórico, donde ya ha irrumpido el feminismo, la borradura de las diferencias sexuales y se extingue el poder de las monarquías centroeuropeas. Freud traslada la suerte de Edipo (un hijo que ignora sus deseos inconscientes de asesinar al padre y cometer incesto), a todo lo largo de su obra: a Tótem y Tabú, 1912, (donde hace de Edipo el fundamento de un complejo universal de toda sociedad humana), al personaje Hamlet de Shakespeare (el hijo de un padre asesinado que piensa culposamente en vengarlo matando a su tío asesino), a las figuras de los hermanos Kamarazov de Dostoieski, 1928 (un padre asesinado en con fría premeditación por grupo de hijos), a Moisés y la religión monoteísta , 1937 (el asesinato de Moisés).

Varios años más tarde, en la época en que escribió los Tres Ensayos para una teoría de la sexualidad (1.905), Freud se introdujo de manera decidida en los problemas

conflictivos del niño, aunque a través de los psicoanálisis de sus pacientes adultos. En esta obra reveló que la pulsión sexual no tiene un objeto determinado y se origina en la infancia, que la neurosis adulta es la reactivación de conflictos infantiles no resueltos y, finalmente, que el cuerpo erógeno (sexuado, capaz de goce del adulto) se constituye en los años infantiles, que todo está decidido hacia los 7 años. Por consiguiente, en los primeros años del análisis, la infancia sólo figuraba como recuerdos reprimidos, olvidados de los adultos. Ahora bien, no se trataba de un pasado real, sino que, al reconstruir su infancia, el sujeto reordenaba su pasado de acuerdo con su deseo: las histéricas enseñaron a Freud que los recuerdos de infancia y los traumatismos pueden ser ficticios y que sólo adquieren sentido cuando se los sitúa en relación al deseo del sujeto. De igual manera, el niño pequeño, en sus juegos, como si de una creación poética se tratara, ordena el mundo presente, pasado o futuro de acuerdo a su idea, con lo que quiere, como Freud nos describe el juego del niño, en 1908 (La creación poética y la fantasía). Así, tanto el psicoanálisis de adultos como en el de niños (caso Juanito) y adolescentes (caso Dora y la joven homosexual) el discurso nos remite no tanto a la realidad sino a un mundo de deseos y ensoñaciones inconscientes, a un Otro inconsciente, se refiere al Otro que está en el paciente. De igual manera, la técnica para aproximarse a esos deseos y fantasmas inconscientes de un niño, adolescente o adulto, no altera el campo sobre el que opera el psicoanalista, el del lenguaje: el decir del sujeto del inconsciente, independientemente de la edad cronológica, tiene que ser integrado en el discurso inconsciente.

Freud inventó una teoría de la familia y la sociedad fundada no en el orden de la raza, la sangre o la herencia, sino en el orden simbólico, en la culpa y la ley moral, condiciones de la libertad subjetiva y del ejercicio del deseo siempre conflictivo, pero que dan al sujeto la posibilidad de alejarse del goce pulsional ilimitado, ya sea bajo la forma del crimen, la crueldad o la pornografía, etc. Esta originalidad supuso inscribir el deseo sexual (libido o eros) en el centro de las leyes de la alianza y filiación y las prohibiciones del incesto y confusión de generaciones. Podemos decir también que este modelo edípico de familia fue capaz de traducir una nueva organización de familia en la sociedad de principios del S.XX, incluyendo la importancia de la afectividad y la sexualidad, la materialización de la célula familiar vía hijo y la disociación entre sexualidad y procreación. Esta teoría freudiana de la familia edípica, en la que el hijo siempre será para sus padres una prolongación de sí mismos y de su narcisismo, tendrá luego un gran impacto sobre la vida familiar del S.XX y sobre la aprehensión de las relaciones internas de la familia contemporánea.

La perspectiva estructural que aquí queremos enfatizar, al situar el Edipo y la castración en relación a la estructuración de la subjetividad y del deseo, es la dilucidación de la madre y del padre en tanto funciones, el lugar de estas funciones en el campo del inconsciente. En este sentido, podemos decir que el Edipo tiene un papel fundamental en la estructuración psíquica del sujeto y en la orientación del deseo humano, es el eje de referencia en de la psicopatología así como del acceso a la genitalidad y a las elecciones de objeto. Al final del C. de Edipo, bajo la forma de Superyó tiránico, se instaura la marca de lo simbólico, del significante, que instaura

permanentemente la ley impersonal como reprimida en el inconsciente. Así, la economía del deseo, el modo de desear, inscrito en la falta a través de la relación con el falo, es lo que regulará el curso de las diferentes estructuras psíquicas. En lo tocante al acceso al deseo, al finalizar la castración los deseos incestuosos, el niño tiene la posibilidad de comenzar a afirmar su identidad sexual, lo capacita para asumir su falta y producir su propio límite. Esta normativización edípica, se puede describir, en sus resultados, desde el punto de vista libidinal, como lo que permite anular el condicionamiento fálico del narcisismo primario y transformarlo en narcisismo secundario, cuyo funcionamiento se realiza a través de los otros y está regulado por el Superyó y el Ideal del Yo. Es decir, permite que la diferencia anatómica de los sexos se acompañe de un desarrollo distinto en la normativización del deseo y en la asunción del propio sexo por parte de cada uno. Por consiguiente, la función paterna en el Edipo está relacionada sobre todo con el papel de separación de la madre, de castración normativizante y positiva. Así, por ejemplo, en el caso del niño varón, si no ha atravesado la crisis de la castración (rehusarle la utilización de su pene como instrumento de su deseo hacia la madre), el niño no puede superar la crisis edípica por el camino de la identificación simbólica con el padre.

[Articulaciones teórico-clínicas sobre las relaciones inconscientes padres-hijos: A. Freud, M. Klein, D. Winnicott, J. Lacan.](#)

Todas las corrientes psicoanalíticas postfreudianas aceptaron su inspiración del estudio del discurso inconsciente, tanto en el niño como en el adulto, en las relaciones familiares en la infancia olvidada y reprimida en el inconsciente, como escribe

M. Klein en 1.927 (Simposium sobre análisis infantil"): Si queremos aprender a conocer a los niños como realmente son y a analizarlos, debemos hacer del inconsciente el centro de nuestros trabajos, pues en el inconsciente son fundamentalmente iguales niños y adultos. Sin embargo, cada una de ellas alcanzó cierto grado de alejamiento, reelaboración, cuestionamiento o incluso ruptura. Mencionaremos algunas de ellas, sin olvidar que, para el psicoanálisis, la familia será siempre un escenario donde hombres, mujeres y niños actúan inconscientemente como los héroes trágicos, que nacen condenados y al deseo.

En primer lugar, Anna Freud, cuyas aportaciones psicoanalíticas se centran en la maduración y adaptación del Yo. Freud dejó muy pronto la carga del psicoanálisis de niños a su hija Anna, pedagoga, quien dirigió el psicoanálisis, durante los años 30 y 50, hacia una reeducación de las actitudes erróneas del niño. Sumándose al influjo del conductismo en el psicoanálisis americano, puso el acento sobre el Yo y la adaptación conductual, sobre el conflicto con el medio, sobre el desarrollo del sujeto con el entorno, de tal manera que favoreció una orientación médico-pedagógica-institucional del psicoanálisis. Sin embargo, la paidopsiquiatría no tuvo en cuenta una noción fundamental en psicoanálisis: que un síntoma no necesita ser suprimido, que es preferible comprender su causa inicial y descifrar lo que el niño intenta decir con ello de una forma ruidosa, en un lenguaje sin palabras. En otro ejemplo, en la perspectiva de la "psicología psicoanalítica", en cuanto a identificar los signos de evaluación diagnóstica de la patología o normalidad del niño, Anna Freud creará el concepto de "líneas de secuencias de desarrollo de los impulsos y del Yo". Dentro

de esta orientación, el niño es estudiado como objeto real y se interviene en el plano de la realidad familiar, indicando a la familia qué hacer teniendo en cuenta las características del funcionamiento mental del niño (Freud, A. 1976). Finalmente, en la forma de dirigir un tratamiento con un niño, en provecho de la adaptación a la realidad, se olvida de elementos específicos del psicoanálisis: la conexión del niño con la riqueza de su vida fantasmática, olvida también que de lo que se trata en el niño no es de un conflicto con lo real, sino de un conflicto identificatorio y deja en suspenso que el niño, en sus relaciones con sus padres, tiene que dejar una situación dual, de fascinación narcisista, para introducirse en un mundo ternario, entrar en el orden del lenguaje y estructurar luego el Edipo con la figura paterna.

Al mismo tiempo, M. Klein, desde finales de los años 20 a los 50, partiendo de las ideas del psicoanalista K. Abraham y de la obra de Freud *Duelo y Melancolía* (1.917), supuso cierto abandono del freudismo del niño reprimido en el adulto y rompe con los criterios de adaptación y educabilidad de Anna Freud. Puso la atención en etapas muy precoces (antes de los 2 años), en la psicosis y las relaciones arcaicas con la madre. En sus curas el padre y su función mediadora entre el niño y la madre dejó de ocupar el lugar de mensajero de la palabra infantil y la madre se convirtió en el objeto central del tormento familiar, el vínculo madre-niño, en una situación dual, se transformó en el lugar donde los fantasmas inconscientes destructivos acompañan incesantemente a la pulsión de amor. Klein innovó la atención psicoanalítica del niño con la técnica del juego, como vía de acceso directo al inconsciente, a los estratos y materiales más profundos del psiquismo. Así, la representación simbólica por medio

de juguetes, dibujos, del juego y de sus asociaciones simbólicas, permiten acceder al simbolismo contenido en su conducta y en las fantasías, acceder a su inconsciente y a su relación con la situación analítica. Por otra parte, al trabajar con niños en edades muy precoces, desde sus primeros análisis, enfatizó lo que tiene lugar en el registro de la fantasía y el inconsciente y su expresión en los síntomas. Para ello elaboró pronto una serie de conceptos teóricos relacionados principalmente con las experiencias más tempranas de la vida del individuo: los primeros estadios de la evolución mental y emocional del niño llamados posición esquizoparanoide y posición depresiva, las fantasías inconscientes relacionadas con las pulsiones de vida y muerte, la influencia de la angustia a partir del nacimiento y la manifestación precoz del superyó y del C. de Edipo (Segal, H). Aunque las dos fases transcurren durante la etapa pulsional oral, la "posición esquizoparanoide" hasta los 6 primeros meses y la "posición depresiva" hasta el fin del primer año, para M. Klein estas etapas, aunque sometidas a continuas oscilaciones entre ellas, estarán presentes a lo largo de toda la vida y así mismo señala que la posición depresiva nunca llega a reemplazar completamente a la esquizoparanoide. Sin embargo, la consideración más interesante es que estas dos etapas precoces constituyen configuraciones de relaciones entre fantasía inconsciente, objetos, ansiedad, mecanismo de defensa y estados del yo.

D. Winnicott, en los años 50-70, se diferenció de M. Klein restableciendo cierto equilibrio entre padre y madre, aunque desarrolló una concepción maternalista de la familia, donde las experiencias tempranas del bebé y la relación madre-niño se convirtió en lugar central. Aportó,

desde su experiencia clínica psicoanalítica, innovaciones interesantes e importantes sobre la naturaleza del aparato psíquico (ni alucinatorio ni adaptativo), sobre el juego (no sólo descarga pulsional), sobre la importancia fundamental de la familia para el desarrollo emocional del niño y del adolescente, sobre la relación analítica y sobre el efecto del ambiente y la experiencia cultural en lo psíquico. Así, es la madre la que, desde el nacimiento, provee de un ambiente facilitador del desarrollo emocional (que incluye los procesos de integración, personalización, realización) hasta la independencia y la plena experiencia de lo cultural y lo social en la adolescencia y la adultez. Efectivamente, en la relación entre la madre y el bebé, más allá de la dialéctica kleiniana de la relación pulsión-objeto, se crea un espacio transicional (de los 4-12 meses), un espacio entre la madre y el niño, entre la realidad externa objetiva y la realidad interna subjetiva. Se trata de un espacio particular de experiencias, donde la imaginación, la ilusión de omnipotencia, la creatividad y las actividades de juego, constituirán lo que Winnicott llamará los fenómenos transicionales y el objeto transicional. Esta zona de experiencias del bebé se continuará luego en todo lo que representa la salud del sujeto, la relación con la religión, la vida imaginativa y la creatividad, la cultura y las posibilidades de nuevas formas de recreación del mundo.

Finalmente, abordaremos la perspectiva abierta por J. Lacan, acotando sus conceptos más sobresalientes: los registros de lo simbólico, imaginario y real (cuyo orden, SIR, invertirá luego en los años 70 como tópica RIS), sujeto del inconsciente y el objeto a real. Ya en 1938 Lacan publicó un texto muy sugerente sobre la familia siguiendo líneas freudianas, perfilando

cierta revalorización del imago paterna, en cuanto hacía de la autoridad paterna una función de apertura, triangularizando el Edipo que separaba al niño de la madre. En ese momento situaba la carencia de la personalidad del padre como determinando las neurosis. Hemos aludido a que la posición del padre freudiano es transmitir y encarnar la castración simbólica, en la línea de Edipo en Tebas, castración que permitirá al sujeto hacer a una mujer falo de su deseo. Esta posición de Freud es la que luego Lacan articulará en su enseñanza teórica y clínica en los años 50 como Metáfora paterna y su resultado como inscripción en el inconsciente del significante denominado Nombre del padre. Aquí la función del padre es transmitir el falo, asegurar que el niño no quede abierto a las capturas imaginarias, presentes luego en las estructuras clínicas de la neurosis, la perversión y la psicosis. Dicho en otros términos, consiste en asegurar la distancia entre la identificación con el ideal del yo y ser el objeto del deseo de la madre.

El año 1953 es decisivo para Lacan: asiste a una ruptura institucional e introduce nuevos conceptos teóricos: introduce los tres registros fundamentales de la realidad humana y de la posibilidad de estructurar la experiencia psicoanalítica (simbólico, lo imaginario y lo real), al mismo tiempo que refuta la orientación del psicoanálisis americano, dirigido a adaptar al individuo al entorno mediante el reforzamiento de su yo. Así, el orden constituyente para el sujeto del inconsciente no es el orden imaginario de M. Klein, que regiría la dialéctica imaginaria de objetos buenos y malos, sino el orden simbólico, donde del sujeto puede reconocerse a través de la palabra, del Otro, estructurador de lo imaginario y real. Así, en la teoría psicoanalítica renovada por Lacan, en los

años 50-60, el C. de Edipo y la castración constituyen la estructura simbólica que permite dar cuenta de la estructuración del sujeto y de su deseo inconsciente. Constituye un proceso que llamará metáfora paterna, cuya dinámica se despliega en cuatro momentos (la fase espejular, el falo, la castración, la función paterna) y atañe a cuatro protagonistas (la madre, el niño, el padre y el falo). Lacan convertirá la metáfora paterna en la encrucijada de las estructuras clínicas. Así, en la psicosis, al no actuar la metáfora paterna (forclusión del Nombre del padre) y no constituirse el inconsciente, el sujeto queda encerrado en la cautivación amorosa-agresiva con el otro, su decir no tiene sentido fálico, sexual, y no podrá vivir y dar sentido a su mundo.

Posteriormente, Lacan hará una rearticulación del Nombre del padre, abriendo la posibilidad a que varios significantes (por ejemplo el síntoma) puedan representar la función paterna en el inconsciente. En este sentido, en los años 70 Lacan intenta ir más allá del padre de la metáfora paterna y del Nombre del padre. Desde la perspectiva, el padre se convierte en el vector de una encarnación de la ley del deseo, no en el sentido de un padre tirano o cruel o al servicio del poder materno, sino de un padre que no se tome por un ideal utópico. Por consiguiente, “encarnar la ley del deseo” tendría que ver más con la obra de Sófocles Edipo en Coloma, con un padre que humaniza el deseo: haciéndose responsable de sus actos hasta el final. En esta última reelaboración, la función del padre lo sitúa haciendo que su goce tome una mujer como causa de su deseo. Entonces, su respeto y amor vendrá de intentar preservar en la familia un lugar donde cada uno pueda encontrar un espacio para su particularidad. , su

subjetividad de goce frente a cualquier ideal universal.

¿Ha perdido su función el padre muerto freudiano? ¿Cómo opera esa declinación de la función simbólica del Otro en el sujeto y nuestra cultura, desde la teoría de Lacan? El elemento más difícil con el que se encontrará todo adolescente, formulaba Winnicott, es todo lo que concierne a la fantasía inconsciente del sexo y a la rivalidad vinculada con la elección de objeto sexual, lo que los psicoanalistas llaman dominar su complejo de Edipo, y que producirá en el adolescente una profunda vacilación identificatoria a la hora de conformar su ideal del yo. Ahora bien, para ello será necesario, como afirma la experiencia psicoanalítica, que en la estructura del inconsciente se articule la diferencia entre sexos y que las funciones del padre y de la madre permanezcan como esenciales para unir el deseo a la ley, de lo contrario actos impulsivos peligrosos o la multiplicación de goces se convertirán en monstruos que nunca se podrán silenciar.

Esto tiene consecuencias evidentes sobre las estructuras clínicas, sobre el adolescente, la familia y los lazos sociales hoy. Así, desde la teoría de Lacan, sería la degeneración de la función paterna del Nombre del Padre lo que acompaña la formación de las estructuras clínicas (psicosis, perversión, neurosis) y también la restitución de un orden social feroz, como efecto de lo que llamó la represión incompleta del deseo por la madre. En primer lugar, ya no funciona el principio de excepción paterna, sino que la familia funciona con la lógica de multiplicación de excepciones, la lógica de todos tienen derechos. En segundo lugar, lo que organiza el lazo social son los objetos propuestos al público para gozar. A modo

de ejemplo, mediante la ciencia, mediante la separación cuerpo-órgano y la puesta afuera, también el niño como tal ha entrado en el mundo del mercado: el niño se puede comprar, se pueden comprar óvulos y espermatozoides en empresas, el hijo se ha convertido en un bien, en un objeto de consumo ideal.

Es decir, simbólicamente, los objetos han sustituido a los significantes, a nivel imaginario tenemos un incremento del poder de las imágenes y de la identificación con las imágenes, y en el registro de lo real nos encontramos en el reino de la adicción, al trabajo, a los niños, a la moda, etc. En consecuencia, los cambios sociales que afectan a la familia están relacionados con modos de goce nuevos, con que el Nombre del Padre ha dejado de funcionar y esto exige nuevas respuestas clínicas. Desde luego estas respuestas no pueden ir encaminadas a categorizar familias y adolescentes en tipologías, ni a una invocación familiarista ni una añoranza de la autoridad del pater familias, pues para el psicoanalista sólo existen sujetos divididos respecto a su demanda y al desconocimiento de su deseo y su fantasma.

Bibliografía

- ABERASTURI, A. Y KNOBEL, M. La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico. Paidós.
- ALBER, C. La nueva familia española. Taurus. Madrid. 1.999.
- ANDREAS, A. Moral sexual y Represión Social. Granica.1.977.
- ARENSBURG, B. Complejo de Edipo, amor y muerte. Anuario Ibérico de Psicoanálisis. Madrid. 1.996.
- BARANDIER, M. La sexualité de l'adolescent. Balland. Paris. 1.974.
- BOTT, E. Familia y Red Social. Taurus Humanidades. 1.991.
- BROUSSE, M.H. Conferencia inédita sobre la ciencia y los cambios familiares. Valencia 2007.
- COOPER, D. La muerte de la familia. Ariel. Barcelona. 1.976.
- CORMAN, L. El test del dibujo de la familia. Kapeluz. Buenos Aires. 1.967.
- DEBESSE, M. L'ADOLESCENCE. PUF. Paris.1.973.
- DE S. ROMAN, J. ¿Continencia?. ¿Sensualismo?. Editorial Española. S. Sebastián. 1.938.
- DOR, J. El padre y su función en psicoanálisis. Nueva Visión. Buenos Aires. 1.991.
- FEIXA,C. Ser joven: hoy, ayer, mañana. Obra Social. Fundación La Caixa. Barcelona 2006.
- FREUD, A. El Yo y los mecanismo de defensa. Paidós. Buenos Aires. 1.976
- FREUD, S. La feminidad. (1.932). Biblioteca Nueva.Barcelona.
- FREUD, S. Compendio de psicoanálisis (1.938). Biblioteca Nueva.
- FREUD. S. Sobre la organización genital infantil (1.923).
- FROM. E. El arte de amar. Paidós . Barcelona. 1.999.
- HERNÁNDEZ, J Y LÓPEZ, A. "La familia en Navarra". Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada. Documentación Social. , nº 98. Madrid. 1.995.
- HUÉSCAR, A. Aspectos teóricos y técnicos en la psicoterapia psicoanalítica con

- adolescentes. Revista de Psicología, nº 50. Madrid. 2002
- LACAN, J. La dirección de la cura y los principios de su poder (1.958).. Escritos S.XXI.
- LACAN, J. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1.964).. Paidós.
- LACAN, J. Las relaciones de objeto (1.956-7). Paidós.
- LIDZ, T. SHAPIRO, R. El adolescente y su familia. Paidós. Buenos Aires. 1.972.
- LACAN, J. La familia (1.938). Paidós.
- LAING, R. El cuestionamiento de la familia. Paidós. Barcelona. 1.971.
- MANNONI, M. La primera entrevista con el psicoanalista. Granica. Buenos Aires.1.973.
- MEIL, G. La postmodernización de la realidad familiar española. Revista de Servicios Sociales y
- MINUCHIN, S. Familia y terapia familiar. Granica. Barcelona. 1.977.
- MONDRAGÓN, J. Y TRIGUEROS, I. Manual de trabajo social con menores. SXXI. Madrid. 1.993.
- NASIO, D. Los 7 conceptos cruciales del psicoanálisis. Gedisa. Buenos Aires. 1.989
- OLMOS, T. La encrucijada adolescente: su abordaje psicoterapéutico. Revista de Psicología, nº 50. Madrid. 2002
- POMMIER, G. L'amours a l'envers. Essai sur le transfer en psychanalyse. PUF. 1.996.
- ROUDINESCO, E. ¿Porqué el psicoanálisis? Paidós. Barcelona. 2000.
- ROUSSEL, L. La familia en Europa Occidental: divergencias y convergencias. Revista Infancia y
- SALCEDO, J. Valores y nuevas formas familiares en España. Revista de Estudios Infancia y
- WINNICOTT, D. W. La familia y el desarrollo del individuo. Hormé. Paidós. 1.980
- WINNICOTT, D. W. Realidad y juego. Gedisa. Barcelona. 1.979.